

Ca. de la Paz Saera

Pg 3367

55

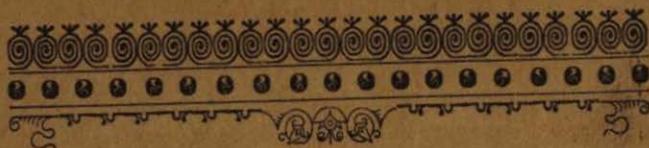
A4

0109-56860



FONDO LITERATURA

Imprenta de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona



AMO Y CRIADO

I

El año 1870 próximamente, y tres días después de San Nicolás que era la fiesta de la parroquia, Vassili Andreitch Brekhounov, comerciante de segunda clase, no podía ausentarse del pueblo durante dos días, porque su presencia era indispensable en la iglesia en donde ejercía un cargo, y además porque debía atender á los amigos y parientes que tenía hospedados en su casa.

Mas así que, el último de sus huéspedes partió, Vassili Andreitch, se apresuró á hacer los prepa-

rativos para dirigirse á Goriatckino, á comprar un bosquecillo que deseaba desde hacia mucho tiempo, á un hacendado de aquella comarca.

Vassili Andreitch tenía mucha prisa, porque temía que algunos negociantes le arrebataran el bosque. El dueño de éste quería 10,000 rublos, tan solo porque Vassili Andreitch le había ofrecido 7,000, y esta cantidad, verdaderamente, no representaba el valor del bosque.

Vassili, esperaba que le rebajaran el precio, porque la situación del bosque era comprometida. Se encontraba en un surco, al cual tenían derecho otros vecinos colindantes, y éstos habían acordado ya no ofrecer mayor cantidad para que su amo no lo vendiera.

Pero habiéndose enterado Vassili, que unos comerciantes querían comprar los árboles de Goriatckino, se decidió á partir inmediatamente para terminar el negocio cuanto antes mejor.

Así pues, tan pronto como terminó la fiesta, sacó de su caja setecientos rublos, que en unión de dos mil trescientos que pertenecían á la iglesia y de los cuales él era depositario, hacían tres mil, y después de contarlos religiosamente y con escrupulosidad, los guardó en la cartera y se dispuso á partir.

Nikita, el único de los criados de Vassili Andreitch, que aquel día no estaba borracho, se dispuso á enganchar.

Nikita no estaba borracho, no porque no lo fuera, sino porque habiéndose bebido su caftan y sus

botas en los últimos días de carnaval, había hecho voto de no beber y lo iba cumpliendo un mes hacia ya; así es que, aquel día no había bebido, á pesar de la tentación de aguardiente que, con motivo de la fiesta, corría por todas partes.

Nikita era un mujik de cincuenta años, natural de una villa vecina, «mal arrendatario» como de él se decía, y que no pudo pasar la mayor parte de su vida más que sirviendo á alguna persona.

Todo el mundo le apreciaba porque era en extremo trabajador; era hábil y forzudo y sobre todo, bueno y honrado. Pero pasaba muy poco tiempo en todas partes porque á lo mejor se emborrachaba, cosa que le ocurría dos veces al año, y algunas veces más, y después de beber todo lo que podía, dábale la borrachera por la pendencia y el escándalo.

El mismo Vassili Andreitch le había despedido varias veces, pero en seguida volvía á admitirle á su servicio, porque su honradez era extremada, y cuidaba muy bien á los animales y, sobre todo, costaba poco.

En vez de darle 80 rublos, que es lo que se paga generalmente á cualquiera trabajador de su clase, no le daba más que 40, y estos mal pagados, en pequeñas cantidades, y la mayor parte de las veces, no en dinero, sino en mercaderías de su tienda, siempre puestas á mayor precio de lo que efectivamente costaba.

La mujer de Nikita, Marpha, fué en otros tiempos una mujer decidida y animosa, y algo le que-

daba aún, y no teniendo nada que hacer, se dedicaba á cuidar de su casa con su hijo y sus dos hijas. Ella no hacía nada por atraer á su marido porque, desde hacía tiempo, veinte años próximamente, ella vivía con un tonelero, vecino de una villa algo distante y que vivía en su casa, y en fin, porque si mucho le quería cuando estaba fresco, más aún le odiaba y le temía cuando había bebido.

Un día, por ejemplo, que se emborrachó en su casa cuando vivía en compañía de su mujer, Nikita, para vengarse de su eterna sumisión, le había roto el cofre, sacado las mejores prendas y apoderándose de un hacha los hizo pedazos. Por esta razón él no percibía un cuarto, sino que era su mujer la que cobraba el salario de manos de Vassili, y Nikita nunca se opuso á ello.

Por eso, en este momento, dos días antes de la fiesta, Marpha había ido á la casa de Vassili Andreitch y había tomado harina de trigo, té, azúcar, una botella de aguardiente, total 3 rublos de mercancías, que en unión de 5 más en dinero, hacían

ocho, por los cuales daba las gracias al patrón como si la hubiesen hecho un favor grandísimo, cuando después de todo aún debía Vassili Andreitch á Nikita, lo menos 20 rublos.

—Ya ves,—decía el amo al criado,—si entre nosotros hay buenas combinaciones. Tienes necesidad de algo, pues lo tomas, que después pagarás por tu trabajo. En mi casa no es como en otras partes; esperando que se hagan cuentas para cobrarlas después... A mí todo me gusta honradamente y con justicia. Tú me sirves, y yo no te abandono. Tú estás necesitada, pues yo voy en tu ayuda.

Y hablando así, Vassili Andreitch creía á pies juntillos que era el protector de Nikita, y ésta convicción no era solamente del amo sino también del criado.

—Lo comprendo muy bien,—decía Nikita, pero también yo le miro como si fuese á mi propio padre: también comprendo,—añadía,—que Vassili Andreitch me engaña, puesto que no puedo aclarar nunca las cuentas,—y sin embargo seguía tranquilo y sumiso porque no tenía otro puesto á donde irse.

Habiendo recibido la orden de enganchar, Nikita, alegre como siempre, con su paso lento y sus piernas torcidas, se dirigía á alcanzar el pesado arnés de cuero adornado de trozos de madera en forma de bellotas, y entraba en la cuadra en donde estaba el caballo que Vassili Andreitch le había mandado enganchar.

—¿Qué, te enfadas? ¿te enfadas, animal?—decía

Nikita como respondiendo al ligero relincho de alegría con el cual recibió un garañón castaño oscuro, de frente ó testero blanco, mediana talla y grupa baja, que se encontraba en la cuadra.—¡Arre! ¡arre! no tienes prisa, animalito; es preciso darte agua antes,—decía al caballo como si hablara con un semejante, y, con paño de su ropa, limpiaba el grueso lomo de la bestia, en medio del cual se marcaba un surco relleno de polvo, después, pasa el arnés sobre la hermosa cabeza de garañón, enlaza las orejas y el mechón de crin por entre las correas, lo coge de la brida y lo conduce á beber.

Castañó, que así era el nombre del caballo, salió de la cuadra con precaución por encima de un montón de estiércol, piafa, cocea alegremente, demostrando que aguardaba á Nikita que corría á su lado junto al pozo.

—¡Mira el picarillo, mira el picarillo, bribón!—le gritaba Nikita conociendo muy bien la prudencia con la cual Castañó levantaba al aire una de sus patas diestramente para romper solamente la piel de carnero de Nikita, á quien gustaba este juego.

Después de haber bebido agua fresca, el caballo queda un momento inmóvil, sopla sacudiendo sus gruesos labios mojados de los cuales caen gotas transparentes en el abrevadero y bufa.

—¿No quieres más? Bueno, entendido. Pero no pidas nada más,—dice Nikita con aire formal y como queriendo explicar su conducta á Castañó. Después corrió hacia la cochera, tirando de la brida al caballo, que coceaba.

Todos los sirvientes habían salido y no había en la casa más que un extraño, marido de la cocinera, que había venido por la fiesta.

—¿Quiere usted preguntar, amigo mio,—dijo Nikita,—qué trineo es preciso enganchar, si es el grande ó el pequeño?

*
*
*

Durante este tiempo, Nikita había puesto ya al caballo el collar, amarrado al cabezal de clavos brillantes y llevando de una mano la horquilla pintada de color y conduciendo con la otra al caballo, se aproxima á los dos trineos colocados en la cochera.

—¿El pequeño? ¡Va por el pequeño!—dice haciendo entrar entre los basales al inteligente animal, que todo el tiempo lo pasaba haciendo como que quería morderle. Después, ayudado del marido de la cocinera, procedió á arreglar el tiro.

Cuando todo estaba hecho y dispuesto y no faltaba más que pasar las riendas, Nikita, envió al marido de la cocinera á buscar en el sotechado un saco con granos.

—Ya está aquí y es bueno. ¿Qué tal, eh? está tranquilo,—dijo Nikita tirando en el trineo la paja de avena recientemente apaleada.—Y ahora pongamos el lienzo de estopa y el saco por debajo. Eso es, así se irá bien sentado.

El hizo lo que dijo, arrollando el lienzo alrededor de la silla.

—Ya está bien; gracias, amigo,—dijo entonces. Entre dos, todo se hace más deprisa.

Después desenreda las riendas, las anuda por el extremo libre, y sentándose en el trineo hizo marchar el caballo que no pedía otra cosa, al ver el helado pavimento del arroyo, desde la puerta de entrada de la cochera.

—¡Tío Nikita, tío, eh! ¡Tío Nikita!—gritaba detrás de él un rapazuelo de siete años de edad, vestido con una capilla negra, calzado con borceguies blancos especiales, completamente nuevos y forrados por dentro de lana, que se había lanzado á la puerta de la calle tan pronto como oyó el ruido del trineo.

—Déjame montar,—decía con voz chillona y abotonándose más de prisa el capisallo que le servía de abrigo.

—Bueno, ven, ven, palomo mío,—dijo Nikita que paró el trineo é hizo subir al niño de su amo; la cara del chico se iluminó de alegría: después, Nikita, atravesó la puerta cochera.

Eran las dos de la tarde: helaba y la temperatura era de 12 grados. El cielo estaba muy nublado y el viento cada vez más fuerte.

En medio de la calle no se sentía el viento, pero fuera de la villa era insoportable; del techo de la casa vecina echaban la nieve sin interrupción en medio del arroyo, formando un gran montón que dificultaba el paso.

Apenas Nikita salvó el corto trecho que había entre la cochera y la casa de Vassili Andreitch, paró el carruaje á la puerta de esta, se puso el cigarro en la boca, apretó la correa que oprimía á su cintura el cuerpecillo de piel de carnero y saltó sobre el escalón de la casa cubierto totalmente de nieve, que hacía crugir con sus enormes zapatos.

Nikita tenía ambos carrillos, rojos del frío, abrigados solamente por los bigotes y el cuello por unos paños forrados que era lo único que le impedía á la nieve hacer de las suyas con el pobre criado.

—¡Mire usted que listo! hélo aquí en el trineo,—dijo Nikita señalando al niño y enseñando los dientes mientras reía.

Vassili Andreitch estaba más contento que de ordinario, por el aguardiente que había bebido con los convidados. Por esto todo le parecía más agradable y no se incomodaba por nada.

Su cabeza y sus espaldas estaban completamente ocultas por un chal de lana, hasta el punto de que no se le veían más que los ojos; la mujer de Vassili Andreitch, que estaba en cinta y tan pálida como delgada, acompañó á su marido hasta la puerta, á donde esperó verle subir al trineo.

—Bien harías en que te acompañara Nikita,—le

dijo á su esposo adelantándose hacia él con cierta timidez.

Vassili Andreitch no contestó, limitándose á escupir con aire de despreocupado.

—Llevas dinero,—continuó la esposa casi llorando,—y además puede levantarse una borrasca. ¡No, por Dios, no vayas solo!...

—¿Por qué? ¿no conozco acaso el camino, para necesitar guía?—dijo al cabo haciendo gestos en él muy característicos, sobre todo cuando se dirigía á los compradores en su establecimiento.

—Hazme el favor; te lo suplico,—insistió la mujer con tono cariñoso.

—¡Oh, la cobarde!... ¿Pero dónde voy á meterlo?

—¡Bah, bah!... no se preocupe de eso, Vassili Andreitch, yo estoy pronto,—dijo alegremente Nikita,—pero que no olviden, añadió, en mi ausencia dar de comer á los caballos.

—No tengas cuidado, Nikita; encargaré de ello á Semen.

—Bueno, ¿quedamos en que voy?—dijo Nikita á Vassili Andreitch.

—Vamos allá y demos gusto á la vieja. Solamente se me ocurre que vas á tener frío. Ponte una capa un poco más gruesa,—dijo Vassili Andreitch, fijándose, con una sonrisa burlona, en la pelerina rota y sucia que llevaba puesta Nikita.

—¡Eh, camarada, ven á sujetar el caballo!—gritó Nikita dirigiéndose al marido de la cocinera que estaba en el patio.

—Yo, puedo tenerlo yo,—exclamó el rapazuelo,

hijo de Vassili, sacando las manos heladas del bolsillo.

—No tardes mucho en arreglarte ahora. Anda, vivo,—dijo el amo.

—Un segundo; no más de un segundo, Vassili Andreitch.—dijo Nikita dirigiéndose al patio con sus piernas torcidas penetrando en el cuarto de los criados.

—Vamos, mi chiquita Arina, sácame mi kaftan, que acompaño al patrón,—dijo al entrar en el cuarto de los criados, desabrochándose el cinto.

La cocinera, que había echado un sueño después de la comida y que preparaba á esta hora la comida para su marido, acogió con risas la petición de Nikita, y ganosa de complacerle, se levantó de su asiento, quitó de detrás de las sartenes un kaftan de paño viejo muy usado que se estaba secando, y lo sacude para quitarle las arrugas.

—Más viva estarás aún para distraerte con tu viejo,—le dijo Nikita que tenía costumbre de soltar alguna paparrucha más ó menos inocente cuando se veía complacido.

Púsose el kaftan, y después se apretó con el cinto el vientre, ya de suyo bastante comprimido.

—Así estaré bien,—dijo, no á la cocinera, sino mirándose la cintura en donde se metió el extremo del cinto.—Así no te aflojarás.

Alzó y bajó los brazos para ver si podía moverse con soltura, dobló la parte baja del kaftan para evitar las manchas y tiró en el armario los mitones que usaba.

—Ahora sí que estoy bien,—dijo dirigiéndose hacia la puerta.

—Debias abrigarte más,—le dijo la cocinera,—tus botas están muy malas.

Nikita se detuvo como si recordara alguna cosa.

—Verdaderamente, me haría falta... ¡Bah, bien está así; vamos cerca.

Y salió corriendo.

—¿No tendrás frío, Nikita?—dijole la patrona, cuando éste se hubo aproximado al trineo.

—¿Cómo, frío? Tengo mucho calor,—respondió Nikita, arreglando la paja que iba en el suelo del trineo para calentar los piés, y escondió el látigo porque no tenía necesidad de él con tan buen caballo como el que llevaba.

Vassili Andreitch había montado ya; con la ropa de abrigo que llevaba puesta iba ocupado todo el trineo, cogió las riendas y arreó al caballo.

Nikita, apoyando el pié en el bozal derecho, saltó al otro lado y allí fué sentado durante el camino.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

II

El excelente garafón llevaba el trineo con tal ligereza que parecía patinar sobre la superficie helada del camino.

—¿Y tú, que haces? Dáme el látigo Nikita—dijo Vassili Andreitch, todo ufano porque su hijo se había subido sobre los patines traseros del trineo.

—Espera un poco y verás: ¿quieres escapar para la casa, hijo de perro...?

El chico saltó ligero abajo. Castaño aceleró la marcha y cargó al trote.

La enrucijada donde se encontraba la vivienda de Vassili Andreitch sólo tenía seis casas. Desde que los viajeros habían pasado la altura, aperci-

biéronse de que el viento era más fuerte de lo que habían pensado. No se veía el camino: con el viento habían desaparecido las huellas de los patines, y únicamente se sabía cual era el camino, porque las aceras estaban más elevadas.

La nieve, remolineando en el aire ocultaba por completo la línea del horizonte.

La selva de Geliatino que ordinariamente se veía muy bien, se percibía vagamente á través de la densa polvareda nevosa.

El viento silbaba viniendo de la izquierda, con obstinación, y siempre en el mismo sentido, levantando la crin sobre el hermoso cuello de Castaño, y la cola, así como el cuello de la capota de Nikita, vegeta por ese lado, y echándose sobre la cara.

—No puede correr mucho, porque nieva demasiado—dijo Vassili Andreitch, vanagloriándose de su caballo.—Un día fui con él á Pachontino, y me llevó en media hora.

—¿Qué?

—A Pachontino, me llevó en media hora este caballo.

—No hay que decir nada de él, es un buen caballo—contestó Nikita.

Hubo un pequeño silencio, pero Vassili Andreitch, tenía comezón de hablar.

—Oye, ¿has dicho á tu mujer que no le dé aguardiente al tonelero?—dijole Vassili Andreitch, no dudando que Nikita se enorgullecería mucho de que le dirigiese la palabra un hombre tan impor-

tante y tan inteligente, por más que esta inteligencia no hubiera llegado hasta el punto de comprender que la conversación empezada no podía ser del agrado de Nikita.

Con el ruido del viento, no entendió Nikita las palabras de su patrón.

Vassili Andreitch, repitió su galantería alzando la voz para que le oyese Nikita.

—Que Dios les perdone, Vassili Andreitch, yo no me ocupo de las cosas de mi mujer. Conque no me maltrate á la chica, estoy contenta y gracias.

—Tienes razón—dijo Vassili Andreitch.—¿Y el caballo, qué tal? Lo comprarás por primavera?—y pasó de una conversación á otra.

—Sería preciso—respondió Nikita levantándose el cuello del caftán y prestando oídos á su amo.

* * *

Esta vez, como la conversación le interesaba, quiso oirla bien.

—El pequeño es ya grande y precisa que ladre, porque hasta aquí hemos alquilado un obrero—añadió.

—Bueno; toma el caballo pio, que no te lo venderé caro—gritó Vassili Andreitch con animación porque entraba en su negocio favorito; la chalanería.

—O bien me da V. una quincena de rublos y yo me compraré un caballo en el mercado—dijo Nikita, sabiendo verdaderamente, que el precio del caballo, del cual quería deshacerse Vassili Andreitch, no excedía de siete rublos y que su amo le pondría lo menos veinticinco, dejándole sin dinero por espacio de seis meses.

—El caballo es bueno, y te lo digo por tu bien, honradamente y sin egoísmos. Brekhounov no busca á nadie á quien engañar. Prefiero dar de lo mío á tener que vivir de lo ajeno, como hacen otros. En mí, no hay egoísmos—exclamó con esa entonación que usaba cuando hacía el artículo de su tienda.—El caballo es bueno.

—Seguramente—dijo Nikita suspirando y convencido de que era inútil escuchar más tiempo, volvió á subirse el cuello del kaftán, cubriéndose el pescuezo y las orejas.

Media hora continuaron su ruta sin hablar ni una palabra.

El viento helaba el brazo y el costado izquierdo de Nikita, introduciéndose por los desgarros del kaftán.

Se apretaba el abrigo como Dios le daba á entender, y soplaba contra el cuello del kaftán para ver si así podía calentarse con su mismo aliento.

—¿En qué piensas? ¿Debemos pasar por Kara-

mychevo, ó seguimos todo derecho?—preguntó Vassili Andreitch.

El camino hasta Karamychevo estaba más frecuentado y se distinguía por las enormes piedras que le bordeaban, indicando la dirección, pero era más largo, mientras que, tomando el camino directo se llegaría más pronto. Esto tenía un inconveniente y era que, la nieve había cubierto por completo este camino y no había trazas ni huellas de trineo alguno.

Nikita reflexionó un instante.

—Es más léjos por Karamychevo pero está más transitable—dijo.

—Sí, pero tomando todo el camino derecho, estamos seguros de no equivocarnos, una vez que hayamos pasado el barranco—dijo Vassili Andreitch, que deseaba llegar lo más pronto posible.

—Como V. quiera—respondió Nikita volviéndose á levantar el cuello.

Vassili Andreitch, tomó todo el camino adelante y después de una media vuelta junto á un enorme roble cuyas hojas temblaban agitadas por el viento, volvió á tomar la izquierda. Entonces se encontró con que el viento le daba en la cara, y pequeños copos de nieve comenzaban á caer. Vassili Andreitch que guiaba, soplaba su bigote creyendo que así entraría en reacción. Nikita se dormía.

En silencio, avanzaron durante diez minutos. Después, Vassili Andreitch, dijo algo que no se oyó.

—¿Qué?—preguntó Nikita abriendo los ojos.

Vassili Andreitch no respondió. Se inclinaba para ver que le ocurría al caballo, porque á pesar de marchar al paso, iba totalmente cubierto de sudor.

—¿Y bien, qué?—repitió Nikita.

—¡Que, que!...—contestó Vassili Andreitch con enfado;—ya no se ven las pisadas; seguramente hemos equivocado el camino.

—Páre el caballo, que yo buscaré el camino.

Y Nikita saltando del trineo y cogiendo el látigo que iba en el fondo del carruaje con la paja, se dirigió hacia la izquierda del lado á donde había ido sentado.

* * *

La nieve, este año, no era tan espesa, de modo que, podía andar por todas partes. Por algunos lados, le llegaba hasta las rodillas y entraba por los agujeros de las botas de Nikita: andaba vagando, sondeando con los pies y con el látigo, pero el camino no se encontraba.

—¿Qué hay?—preguntó Vassili Andreitch cuando Nikita volvió al trineo.

—Por este lado, no hay camino, veremos por el otro.

—Por aquí se distingue algo oscuro; vé á verlo.

Nikita se aproximó al extremo indicado. Era que el polvo levantado por el viento ensuciaba la nieve y la daba un tinte oscuro.

Después de buscar hacia la derecha, Nikita volvió, sacudió la nieve que había caído en su ropa, echó fuera la que tenía dentro de las botas y volvió al trineo.

—Es preciso ir por la derecha—dijo con decisión. Para ir bien, el viento debe soplar de la izquierda, de modo que, interin este me dé en los hocicos, vayamos por la derecha.

Vassili Andreitch obedeció y dirigió el trineo á la derecha.

Ya no se veía el camino.

Así fueron durante algún tiempo.

El viento no cesaba y la nieve continuaba cayendo.

—Yo creo, Vassili Andreitch que continuamos perdidos—dijo Nikita repentinamente, hasta con cierta satisfacción.

—Pero... ¿qué es aquello?—añadió señalando á un montón de hojas negras de patatas, que distinguió á través de la nieve.

Vassili Andreitch, detuvo al caballo que estaba lleno de sudor, y cuyos hijares se agitaban del cansancio.

—¿Qué indica eso?

—Indica que estamos en el campo de Zakharovka... he aquí donde estamos.

—No es verdad—dijo Vassili Andreitch que había renunciado por el momento á su tono habitual para hablar simplemente como un monjik.

—Yo no miento, Vassili Andreitch; esta es la verdad. No oye V. el ruido que produce el trineo sobre este campo sembrado de patatas. He ahí el montón de hojas que han echado. Este es pues el campo del molino de Zakharovka.

—Mira á donde hemos venido á parar;—exclama Vassili Andreitch.—¿Qué hacemos ahora?

—Seguir derecho, derecho el camino y nada más. Ya llegaremos á alguna parte—respondió Nikita—sino llegamos á Zakharovka, llegaremos á la granja.

Vassili Andreitch siguió el consejo y dejó al caballo seguir el camino indicado.

*
* *

Así fueron bastante tiempo. Pasaron unas veces por campos desnudos en los cuales los surcos y los montones de nieve, estaban cubiertos de barro; otras veces por campos cubiertos de rastros de trigo de otoño ó de primavera, sobre los cuales

brotaban, á pesar de la nieve el ajenjo y la paja que azotaba el viento; y otras veces, en fin, corrían sobre nieve espesa, por todas partes blanca y sobre la cual, nada se veía.

La nieve caía desde lo alto, y se elevaba desde abajo. Les parecía con frecuencia, que subían ó bajaban cuestras. Otras veces creían estar parados y que el campo de nieve corría por debajo de ellos.

Los dos guardaban silencio.

El caballo estaba visiblemente cansado, cubierto de espuma y de sudor. Iba al paso. De pronto, brinca y resbala en una barranca.

Vassili Andreitch quiso sujetarle. Nikita le detuvo.

—¡No lo pares, porque es preciso salir de la barranca! ¡Arre, arre, arre! ¡Arre, hijo mio!—gritó alegremente al caballo, saltando del trineo y ayudando desde el suelo para que pudiera salvar el escollo.

El caballo tira y sube la pendiente helada.

—Pero ahora, ¿dónde estamos?—preguntó Vassili Andreitch.

—Vamos á saberlo. Arréelo, que ya llegaremos á alguna parte.

—Pero ese debe ser el bosque de Goriatchkino—replicó Vassili Andreitch, señalando una masa oscura que comenzaba á destacarse á través de la nieve.

—Cuando hayamos llegado allí, veremos si es el bosque—dijo Nikita.

Vela perfectamente que, al costado de aquella masa negruzca revoloteaban hojas secas y se divisaban algunos arbustos, comprendiendo que no podía ser un bosque y si un caserío por más de que no quería decirlo.

En efecto, apenas habían atravesado una veintena de metros, la silueta de los árboles se dibujaron con alguna claridad, y se figuraron oír, mezclado con el ruido del viento, un son melancólico.

Nikita no se había equivocado. No era un bosque sino una larga fila de arbustos, que conservaban aun algunas hojas que movía el viento.

Estos arbustos estaban evidentemente plantados á lo largo de una de esas zanjas que rodean los cercados donde se ponen las piedras de molino.

Al llegar á los arbustos, que gemían melancólicamente empujados por el viento, el caballo, levantó de repente las manos á mayor altura que el trineo, levanta después las patas y cesa de tener nieve hasta las rodillas. Había encontrado el camino.

—Ya hemos llegado—dijo Nikita—¿pero á dónde? Eso es lo que no sabemos.

El caballo, sin obedecer indicación alguna cogió el camino enterrado bajo la nieve, y apenas hubo corrido una veintena de metros, ya se distinguía una línea negra que era la valla de una granja.

Un poco más léjos, el camino volvía del lado del viento, y el caballo se metió en un montón de nieve; pero se apercibía un paso entre dos casas, de

modo que, aquella nieve resultaba manifestamente, que había sido amontonada allí, para dejar libre aquel otro camino.

En efecto; después de atravesarlo, penetraron en una calle.

Cerca de la primera casa, el viento sacudía violentamente la ropa blanca tendida en una cuerda: una camisa encarnada, otra blanca, calzones, trozos de paño con los cuales se envuelven los pies la gente del campo, sirviéndole esto á modo de calcetines y un jubón. La camisa blanca, sobre todo se agitaba pendiente de las mangas.

—Mire la mujer perezosa,—dijo Nikita—como no sea que haya estado mala, no tuvo limpia la camisa para la fiesta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO